La cocina de mi abuelita

Cuando yo era joven viví con mis padres de vez en cuando. Porque ellos se mudaban tanto, siempre vivimos con otras personas. Me recuerdo muchas veces que mi abuela tuvo que traer comida a la casa de mis padres para nosotros porque no había comida suficiente en la casa. Cuando tuve diez años yo y mis hermanos fuimos a vivir a la casa de mi abuelita. Digo casa, pero fue un apartamento de 2 habitaciones. Desde ese tiempo no nos tuvimos que preocupar sobre donde íbamos a vivir o si la comida iba a ser suficiente. Entonces voy a intentar de describir un lugar que para mí significa mucho. Este lugar es una cocina, pero no es sólo cualquier cocina, era la cocina de mi abuelita. Ya puedes imaginar que la cocina sigue siendo un lugar muy especial para mí.

Cada día había un aroma de la cocina que me invitaba a entrar. Podría ser del olor del pan en el horno, caliente, fresco, y lleno de mantequilla o queso. Podría ser del olor del café que siempre tomó mi abuelita todas las mañanas. Al principio el café olía fuerte como el de un jefe del Army. Pero el aroma se bajaba después que ella ponía la leche suave y cremosa con dos cucharas tapadas de azúcar blanca. La verdad es que el aroma que salía de la cocina no era tan importante, lo más importante era que todos los nietos sabían que la cocina tenía comida suficiente para todos. A primera vista uno veía a mi abuelita más inquieta, moviendo rápido, cocinando y hablando con sus nietos por la segunda o tercera vez para decirles que no corran en la cocina. Cuando uno entraba a la cocina de mi abuelita se iba a ver que el color de los electrodomésticos y las paredes eran del mismo color amarillo. Era un tipo de amarillo mezclado de grasa de la comida frita. Daba la impresión de que los electrodomésticos y las paredes eran de los años de 1960s-1970s. El mostrador siempre estaba lleno de bolsas pobladas con comidas para rellenar los gabinetes. También había platos llenos para alimentar los nietos hambrientos e inquietos. El caño siempre estaba lleno al punto de los platos se quedaban en el mostrador. Cada plato sucio tenía duros pedacitos de la comida pegada en cada uno. Los platos sucios mostraban al mundo que los nietos comieron bien y que el trabajo de mi abuelita nunca terminaba.

La cocina de mi abuelita

Con ventanas abiertas uno podía escuchar los chismes de las vecinas hablando de mi abuelita distraída o de su cocina desorganizada. Pero nunca escuchaba una palabra mala cuando todo el barrio comía la comida que salió de su cocina. Al fin del día, había una calma y una paz en la cocina y adentro del corazón de mi abuelita porque los nietos estaban llenos de comida y de amor. Hace muchos años desde que falleció mi abuelita, pero las memorias de su cocina vivirán para siempre.